

graciosamente aclaraba en la misma carta donde le confesó a Woolf que si había alguien en el mundo que podía darle valor y esperanza era ella. Así también reconoció una deuda con la mínima pero insoslayable Shakespeare and Company que le ofreció una fuente de inspiración y le agradeció a su dueña, la editora y librera norteamericana Sylvia Beach, por haberle recomendado leer *Un cuarto propio* y aconsejado que, cuando fuese a Londres, conociera a su autora. María de Maeztu, la pedagoga española, por su parte, tuvo a su cargo la resolución de múltiples y engorrosas tareas administrativas concernientes a los derechos de propiedad intelectual, traducción y contratos, cuando la editorial Espasa-Calpe era intermediaria entre los escritores y Sur. En su relato, Victoria hace que estos gestos y acciones fraternas compensen

la incompreensión y los prejuicios de los que ella fue objeto por parte de algunos conocidos suyos. Mientras que Woolf la estimulaba para que escribiese y se maravillaba con la calidad alcanzada por los libros editados, Paul Groussac se escandalizaba por la audacia que representaba que una mujer se hubiese lanzado a escribir sobre Dante, y Borges menospreciaba el proyecto editorial con picardías, por no decir mentiras.

Leídas en este contexto, las reiteradas expresiones de gratitud de Victoria hacia las escritoras editoras pone de manifiesto la real importancia que tuvo para ella contar con el apoyo de estas mujeres. Más allá del aliento sororo, a cuyo calor fueron armando comunidad casi sin darse cuenta, la directora de Sur encontró en estas colegas un espejo donde mirarse en un momento en que era casi

imposible agenciarse un lugar como mujer en un campo intelectual argentino “muy masculino”, según lo describe Manuela Barral, quien además nos invita a pensar cómo, a diferencia de lo que ocurría noventa años antes, “la palabra feminismo forma parte de nuestro léxico cotidiano y connota algo más que un movimiento, una ideología y una pertenencia”. En aquellos tiempos en que Victoria comenzó con su carrera, aventurarse a ser feminista, lejos de estar a la moda, era un sortilegio, resultaba toda una extrañeza. ~

MARÍA CELIA VÁZQUEZ es doctora en humanidades y artes por la Universidad Nacional de Rosario y especialista en literatura argentina del siglo XX. Es investigadora y docente en teoría literaria en la Universidad Nacional del Sur. En 2019 publicó el libro *Victoria Ocampo, cronista outsider* (Beatriz Viterbo Editora).

ÁNGEL RAMA, EL HÉROE DE AYACUCHO

por **Sebastián Pineda Buitrago**



“Se sospecha que nunca duerme”, se decía de Ángel Rama (Montevideo, 1926-Madrid, 1983) en el mundillo literario de Montevideo.¹ En 1949, a los veintitrés años, Rama ya había fundado su propia editorial independiente, Fábula, pero que no duró mucho por incurrir en el error —muy común cuando se es neófito— de publicar una novela suya, ¡*Oh sombra puritana!*, que ya nadie

recuerda. En la *Cronología y bibliografía de Ángel Rama* (preparada en 1986 por Carina Blixen y Álvaro Barros-Lémez, tres años después del accidente aéreo en Madrid) se registra que entre 1946 y 1983 el insomne uruguayo fundó cinco revistas y colaboró en más de cien, para las cuales escribió mil 420 artículos (entre reseñas y ensayos críticos). Además, publicó diecisiete libros de autoría individual. Hasta mediados de 1973, cuando la dictadura cívico-militar lo condenó al exilio, Rama animó intensamente la actividad editorial uruguayo como si se tratara de una militancia política. Así asumió la sección literaria de la revista *Marcha*

entre 1959 y 1968, es decir, como una defensa de una cultura independiente, ajena y aun enemiga del Estado. Pues, a pesar de trabajar en proyectos editoriales estatales o financiados con dinero público, Rama miró con cierta sospecha el exceso de nacionalismo de la Biblioteca Artigas, por ejemplo, donde se publicaron 58 volúmenes de “clásicos uruguayos”, o bien, de la Enciclopedia Uruguayo, que entre 1968 y 1969 editó 58 fascículos de la *Historia ilustrada de la civilización uruguayo*.²

¹ Carlos Real de Azúa, *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*, tomo II, Montevideo, Universidad de la República, 1964, p. 614.

² Pablo Rocca, “Ángel Rama, editor (de la literatura a la cultura: ‘Enciclopedia Uruguayo’ y

Creado al final de la era colonial como un *buffer state* (Estado colchón) entre Argentina y Brasil, Uruguay fabricó igualmente un nacionalismo que a ojos de Rama no contribuía mucho a la integración latinoamericana. De ahí que la principal batalla de nuestro noctámbulo editor uruguayo se haya librado en Caracas a partir de 1976 cuando estuvo al frente de la colección de clásicos latinoamericanos de la Biblioteca Ayacucho, esto es, una serie de libros que recogen continentalmente (no desde un punto de vista nacionalista) la producción intelectual latinoamericana en sintonía con la historia de las ideas en Occidente. De hecho, lo mejor de tal colección son las antologías o compilaciones de fragmentos, piezas oratorias, cartas, artículos y doctrinas políticas de diversos autores, lo mismo de la era colonial que del siglo xx, que Rama ideó para integrar una perspectiva conjunta de movimientos intelectuales o políticos, vividos contemporáneamente por todos los países del continente.³

Para cualquier investigación de historia de las ideas siguen siendo imprescindibles los dos tomos que salieron en 1977 del *Pensamiento político de la emancipación*, que Rama encargó al gran historiador argentino José Luis Romero; o la obra de su hermano sociólogo, Carlos Rama, titulada *Utopismo socialista (1830-1893)*, exquisito paseo por los roussonianos y saint-simonianos latinoamericanos; también la publicada en 1979 del *Pensamiento de la Ilustración. Economía y sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII*, con prólogo y notas de José Carlos Chiaramonte, para no mencionar la del *Pensamiento*

sus derivaciones”, *I Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2012, pp. 401-416.

3 Ángel Rama, “Biblioteca Ayacucho: una historia de América Latina”, *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos*, Universidad Nacional Autónoma de México, núm. 14, 1981, pp. 325-339.

positivista latinoamericano, con prólogo y notas de Leopoldo Zea, publicada en 1980.

Por decreto ejecutivo del 10 de septiembre de 1974, cuando Venezuela gozaba de una bonanza petrolera y de uno de sus pocos momentos de vida democrática, el presidente Carlos Andrés Pérez sancionó la creación de la colección editorial Biblioteca Ayacucho. Aquellos ejemplares de pasta dura y en gran formato de quince por veintidós centímetros, confeccionados por el diseñador gráfico argentino Juan Fresán y cuyo contenido gestionó en gran parte nuestro insomne editor uruguayo, ocupan aún los estantes de bibliotecas personales y públicas con algún interés latinoamericanista. Es posible que, comercial y académicamente, el latinoamericanismo de la colección Ayacucho haya respondido a la demanda de muchas universidades angloamericanas y europeas. También es posible que haya contribuido a diluir el excesivo nacionalismo de la Guerra Fría (mejor sería decir, el militarismo que pretendía combatir el internacionalismo comunista), mediante un *internacionalismo* más familiar, “inofensivo”, como el de la “conciencia latinoamericana”. En cualquier caso, el 18 de septiembre de 1974, en su diario personal, Rama expresó “pena ajena” por un par de colegas uruguayos y argentinos que proponían disparates editoriales en las primeras reuniones de la Biblioteca Ayacucho:

Reunión con los delegados extranjeros para oírles sugerencias sobre la Biblioteca Ayacucho. Casi nada de interés, sobre todo a causa de la estrechez nacionalista de miras. Arcadio habla de recopilar en varios tomos los escritos de Batlle y Ordóñez; Roig, de publicar las historias de los ferrocarrileros argentinos de Scalabrini y así

sucesivamente. Compruebo, y con la mejor audiencia posible, la atroz incomunicación latinoamericana. Y, más que nada, la ausencia de un verdadero plano continental, unitario para medir su creación cultural, aplicando en la óptica crítica esa conciencia latinoamericana de la que tanto se habla y la que tan escasamente se practica.⁴

La correspondencia epistolar de Rama alrededor de la Biblioteca Ayacucho, recogida recientemente por su hija Amparo, arranca en 1976 a propósito del segundo volumen de la colección, el poemario *Canto general*, de Neruda, prologado por Fernando Alegría, y concluye a propósito del volumen dedicado al sabio novohispano Carlos de Sigüenza y Góngora, con una carta que el uruguayo dirige al hispanista estadounidense Irving Leonard el 12 de agosto de 1973 para que prologue tal volumen.⁵ El 23 de abril de 1976, en ocasión de un volumen dedicado a Pedro Henríquez Ureña, Rama le escribió al crítico colombiano Rafael Gutiérrez Girardot (entonces profesor de hispanística en la Universidad de Bonn) sobre los sinsabores económicos y de salud (ya iba para su segundo infarto) que le había ocasionado el intenso trabajo editorial de la Biblioteca Ayacucho: “Cumpló este año cincuenta años redondos (dentro de una semana) y siempre he tenido problemas económicos de diverso tipo que tú conoces bastante por tus propias experiencias colombianas, no muy distintas de

4 Cfr. Fabio Espósito, “Biblioteca Ayacucho: la Enciclopedia latinoamericana de Ángel Rama”, *Orbis Tertius*, 27(35), 2022 [en línea].

5 Cfr. Amparo Rama, “Ángel Rama en las cartas de la Biblioteca Ayacucho”, *Revista Linguagem & Ensino*, 23(1), enero-marzo de 2020 [en línea]; Amparo Rama (ed.), *Ángel Rama. Una vida en cartas. Correspondencia 1944-1983*, Montevideo, Estuario Editorial/Dirección Nacional de Cultura, Ministerio de Educación, 2022, pp. 468-837.

las uruguayas.⁶ En la misma carta le hizo saber a Gutiérrez Girardot las pugnas por los derechos de autor con el Fondo de Cultura Económica: “El Fondo se niega a permitir que publiquemos *Los de abajo*, de Azuela, pues creo que entramos en competencia con ellos: se olvidan de que en veinte años solo han publicado un centenar de títulos de la Biblioteca de don de Pedro, cantidad que yo hice en un solo año.” Rama se refería a la colección de clásicos latinoamericanos que Pedro Henríquez Ureña, a solicitud de Alfonso Reyes, ideó para el FCE poco antes de morir en 1946. Es de notar que tal colección la recogió y la intentó editar en Cuba una hermana de Pedro, Camila Henríquez Ureña. Acaso, en uno u otro caso, el nacionalismo revolucionario (mexicano y cubano) haya impedido una empresa tan continental como la que Rama finalmente llevó a cabo en la Venezuela democrática.

Como editor, contrario a los que lo imaginan como un izquierdista de capillas y cenáculos, Rama dio muestras de generosidad y ecumenismo. A pesar de sus rencillas con otro gran editor y crítico uruguayo, Emir Rodríguez Monegal, Rama aceptó y hasta reseñó libros de los alumnos y seguidores de aquel. En medio de la polémica por el caso Padilla, que rompió la flaca armonía del *boom* latinoamericano y que dejó al descubierto el “oro de Washington” y el “oro de Moscú”, Rama, sin dejar de simpatizar con la Revolución cubana, no dejó de cartearse con Reinaldo Arenas ni con Mario Vargas Llosa. A este último no dudó en proponerle, en carta del 22 de mayo de 1976, el prólogo para *Los ríos profundos*, de José María Arguedas, acaso una de las novelas favoritas del uruguayo. (Un

paréntesis: debido a su afición por el estructuralismo francés de Lévi-Strauss, a ratos Rama escribe y razona más como antropólogo que como crítico literario en sí, a juzgar por *Transculturación narrativa en América Latina* e incluso por *La ciudad letrada*.) Aun en agosto de 1979 Rama le preguntaba al novelista peruano cuándo podría publicar en la colección de la Biblioteca Ayacucho una novela suya (salió posteriormente *La guerra del fin del mundo*), “sin que se nos eche encima el Ángel femenino [Carmen Balcells] que custodia las puertas del paraíso”. El monopolio editorial peninsular (catalán y castellano) finalmente alcanzó con sus tentáculos a Caracas. En carta del 18 de julio de 1983, según le contaba Rama a Saúl Sosnowski, los libros de Ayacucho se imprimían en imprentas españolas, pues las de Caracas estaban atiborradas de propaganda electoral y de reediciones y recopilaciones en homenaje del bicentenario de Bolívar (1783-1830). De nuevo, el nacionalismo carente de miras permitía lo que aparentemente buscaba impedir: el control (editorial, comercial o político) de la antigua metrópoli.

Más conocido como reseñista y crítico cultural, a la vez que como profesor y conferencista en universidades de Francia y Estados Unidos, preguntémosle si Rama encaja en la definición de Roger Chartier sobre el oficio editorial como un oficio artesanal y técnico.⁷ Los quinientos tomos que se proponía editar Rama en la Biblioteca Ayacucho, que recogieran la vigencia del legado civilizador de América Latina desde los textos precolombinos hasta nuestros días en materias tan diversas como la filosofía y el folclor, suscitan también una pregunta por la disciplina de la lectura. Por el exceso de libros.

En uno de los agudos fragmentos de *Parerga y paralipómena*, “Sobre lectura y libros”, Schopenhauer recomendaba que antes de comprar un libro calculáramos el tiempo para leerlo. ¿A qué horas un editor (ya no digamos crítico) podría editar y encarar quinientos tomos de clásicos o temas latinoamericanos? ¿No hay cierto barroquismo —exceso, insomnio— en la colección de la Biblioteca Ayacucho ideada por Rama? Hay que cuidarle la “silueta” a nuestra América, recomendaba Reyes. El intenso trabajo reivindicativo de Rama por los “clásicos” latinoamericanos en ocasiones se quedó en eso, en un afán reivindicativo. Se echa de menos que de la colección de Ayacucho no haya nacido propiamente una ecdótica, es decir, la metodología de un aparato crítico para anotar textos y perseguir la versión más legible. Con todo, Ayacucho nos ha legado una axiología del latinoamericanismo, un sistema de valores, un panorama de nuestras fortalezas y debilidades intelectuales.

Parafraseando una imagen de Octavio Paz a propósito de Menéndez Pelayo, el país de la edición latinoamericana es triste y áspero; abundan los yermos, los matorrales y las yerbas biliosas; hay muchas colinas peladas, lúgubres pantanos, unos cuantos valles encantadores con vistas admirables y una montaña imponente. Esa montaña se llama Ángel Rama. Asomarse a ella, como hemos visto, es experimentar cierta sensación de vértigo. De insomnio. ~

SEBASTIÁN PINEDA BUITRAGO

(Medellín, Colombia, 1982) se doctoró en literatura por El Colegio de México. Actualmente es profesor-investigador en la Universidad Iberoamericana Puebla. En 2021 recibió en España el XII Premio Juan Andrés por su ensayo *La crítica literaria hispanoamericana (una introducción histórica)*. Su último libro se titula *La indisciplina literaria* (Universidad Veracruzana, 2022).

6 Cfr. Juan Guillermo Gómez García, “Rafael Gutiérrez Girardot a la luz de su epistolario con autores latinoamericanos”, *Cinco ensayos sobre Rafael Gutiérrez Girardot*, Medellín, Ediciones Unaula, 2011, p. 197.

7 Cfr. Roger Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992, p. 55.